
Agricultura, ecología y modernidad

Una invitación a la lectura

de Víctor M. Toledo*

▼

A partir de los acontecimientos de los dos últimos años se pretende crear un consenso mundial en torno al fin de las utopías y al fin de la historia. El consenso se extiende hacia la certeza de que el mundo va en el camino correcto: el mercado, la industrialización, el libre comercio, la urbanización y el consumo son los nuevos paradigmas del proyecto de sociedad que a todos conviene. En medio de este "armónico concierto", existen algunas voces que desafinan en esa visión de optimismo idílico. Una de las voces más lúcidas en el contexto mexicano es la de Víctor Manuel Toledo, etnobiólogo e investigador del Centro de Ecología de la UNAM. Toledo ha ganado reconocimiento nacional e internacional por sus aportaciones a la crítica de los esquemas agroindustriales en el campo, y participa en la defensa de alternativas agroecológicas generadas en años recientes por organizaciones y comunidades indígenas y campesinas. El presente texto busca integrar una síntesis de las ideas contenidas en tres de sus artículos más recientes, con algunas reflexiones suscitadas por su lectura, para invitar a los lectores de *Reglones* a acercarse tanto a la producción intelectual de Toledo como al conocimiento y la comprensión de las corrientes de acción vinculadas a la ecología y el ambientalismo.¹

La encrucijada entre el suicidio y la supervivencia

Hoy el mundo es más pequeño que hace un siglo. Las innovaciones tecnológicas asociadas al crecimiento del comercio, el desarrollo del transporte, la expansión de las comunicaciones y el aumento de la población mundial han convertido al planeta "en un espacio geográfico reducido a una escala apropiada a las actividades humanas". Hoy existe la posibilidad de comprender que no hay lugar en

el globo terráqueo o acontecimiento humano que sean ajenos. Desde esa mirada global es posible constatar que la expansión y el predominio del modelo civilizatorio occidental no puede ser un acomodo duradero. Hay ya suficientes evidencias de que la consolidación del sueño de Occidente puede convertirse en la pesadilla del mundo entero. De esas evidencias destacan tres: el incremento de la marginación y la pobreza; la crisis de la condición humana (o de la existencia) en las sociedades industriales, y la crisis ecológica del planeta. Las dos primeras tienen fronteras sociales y geográficas, pues afectan parcialmente a grupos humanos específicos. Pero la crisis ecológica tiende a ser cada vez más una crisis general y sin fronteras.²

En este contexto, los modelos de desarrollo rural, de producción y circulación de bienes agropecuarios que las naciones desarrolladas han impuesto en el mundo, constituyen uno de los aceleradores más notables de la crisis ecológica.³ Esos modelos industrializantes, junto con su gemelo urbano dedicado a la manufactura y a la transformación, parecen conducir a la humanidad hacia el suicidio ecológico, a la par de la destrucción de buena parte del ecosistema global del planeta. Los datos más recientes sobre los diez principales componentes de la crisis ecológica indican que, de no revertirse las tendencias actuales, la humanidad enfrentará una situación de alto riesgo en las próximas dos o tres décadas.

Pero tal suicidio y tal destrucción afectarían primero a las naciones menos desarrolladas, pues las sociedades industriales están caminando hacia una auténtica reconversión ecológica, mediante la

* Texto realizado por Felipe Alatorre, Jaime Morales y Fernando Cortés, investigadores-promotores de Cecopa.

cual, en su territorio, sustituyen por tecnologías *limpias* sus obsoletas tecnologías *sucias* -las de mayor impacto ecológico-. Pero esas tecnologías sucias no son desechadas: se exportan a las naciones del tercer mundo, de las que son importadas las tecnologías agropecuarias limpias para esa reconversión ecológica.

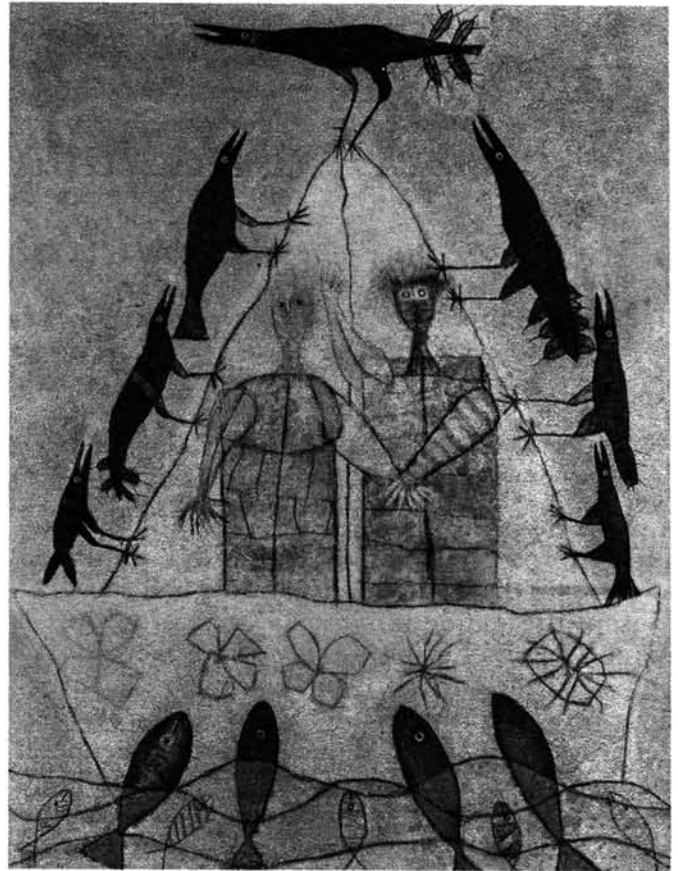
Como ya se mencionó, la creciente crisis ecológica es de orden colectivo y de tal magnitud que afecta tanto a la mayoría de los grupos humanos como a incontables especies animales y vegetales, a suelos, aguas y aire, y constituye "la única contradicción" del modelo de desarrollo de la civilización occidental que también toca a las élites privilegiadas del planeta. Por todo ello, como bien lo señala Toledo, el tema ecológico viene ganando una relevancia creciente y en torno a él se está desarrollando un nuevo paradigma que sustenta la necesidad y la viabilidad de un nuevo modelo civilizatorio capaz de superar la contradicción entre sociedad y naturaleza.

Dadas la magnitud y la tendencia de la problemática ambiental, y considerando los rumbos hacia donde parecen confluír las principales vertientes de los ecologismos, es previsible que las luchas políticas de inicios del próximo siglo quedarán alineadas en torno a una contienda suprema: la lucha por la especie y por el planeta. Parece evidente que habrá sectores que apostarán al suicidio, y otros que se la jugarán por la supervivencia. Aunque esta dicotomía tendrá que ver con los esquemas acostumbrados, se verá a porciones de sectores sociales explotados que apoyarán a las fuerzas destructivas, tal y como habrá fracciones de sectores privilegiados que militarán del lado de los que buscan salvar al planeta.

Ante la perspectiva planteada por esta crisis ecológica, cuyas consecuencias podrían constituir una catástrofe alimentaria y de recursos naturales a nivel planetario en años no muy lejanos, la humanidad está obligada ética y políticamente a cuestionar el patrón civilizatorio dominante para explorar, construir y reforzar todas aquellas posibilidades distintas de convivencia y de producción que aspiran a la autosuficiencia material y espiritual con base en un manejo ecológicamente adecuado de los recursos naturales.

Sin embargo, la toma de posición en esta lucha por la especie y el planeta no será fácil ni automáticamente propiciada por la difusión de sus implicaciones o por la posición social que se tenga. Toledo considera que

[...] la conciencia de especie y la solidaridad que ésta engendra, logrará o no penetrar en los seres en



función no sólo de su situación de clase sino de su actitud como individuos frente a la vida, de su estado de salud humana.⁴

Ello está dando lugar a alianzas políticas y a solidaridades nunca antes vistas, pues el instinto de conservación de la especie, junto a la integración global cada vez más efectiva de los seres humanos, está gestando situaciones inéditas.

En este contexto se vuelve difícil asumir pasivamente el repertorio de términos que cristalizan en el imaginario social -mediante la reiteración verbal omnipresente- las nociones pertinentes para la permanencia del modelo dominante.⁵ En su uso como herramientas de control, los contenidos de términos como globalización, modernidad, eficiencia, solidaridad, apertura, productividad, calidad total, o hasta ecología y medio ambiente, se limitan al entorno inmediato de la producción de bienes y a visiones inmediatistas. Si se considera la variable ecológica (en sus múltiples dimensiones y en su proyección temporal, prácticamente infinita comparada con el breve y efímero tránsito por el mundo), esos y otros términos se cargan de sentidos más amplios y profundos.



La barbarie civilizatoria

Desde otro ángulo, resulta harto paradójico que la llamada civilización occidental, la de la modernidad continuamente reeditada, la de la promesa de progreso y bienestar para todos -cuyo cumplimiento está aplazado para un futuro que no acaba de llegar-, la del desarrollo pasmoso del conocimiento científico, se sustente, desarrolle y reproduzca mediante modelos de producción y de organización social que pueden ser calificados de bárbaros e incivilizados, toda vez que, desdiciendo en los hechos la acumulación histórica de conocimientos propia de la cultura occidental, agreden destructivamente el medio ambiente exterior y pretenden la uniformidad acrítica del medio ambiente interior, constituido por las múltiples expresiones de la espiritualidad humana.⁶ Es evidente que, de proseguir sin freno, esos modelos "civilizados" conducirán a la humanidad entera hacia su extinción. Como lo dijo el jefe indio Seattle en 1854 al presidente de Estados Unidos, refiriéndose al modo de vida de los blancos en una carta en la que explica por qué no puede vender las tierras de su comunidad:

Tal vez los Caras Pálidas se acaben, se extingan antes que las otras tribus. Está bien, sigan infectando sus lechos y cualquier día despertarán ahogándose entre sus propios desperdicios. Ustedes avanzarán llenos de gloria hacia su propia destrucción, alentados por la fuerza del Dios que los trajo a estos lugares, a estas tierras, y que les ha dado cierto poder, quien sabe por qué designio.⁷

En la contraparte, resulta igualmente paradójico que los atrasados, bárbaros e incivilizados pueblos y culturas portadores de patrones civilizadores distintos al occidental -y cuya existencia como tales es mucho más antigua-, sigan cultivando modelos productivos y de convivencia que, fundados las más de las veces en diversos modos de sacralización de todo lo viviente, son hoy la fuente de la mayoría de las estrategias alternativas de producción más avanzadas y de algunas de las más radicales y consistentes búsquedas de identidad personal y colectiva desarrolladas en sociedades occidentales.⁸

Así, paradoja de paradojas, muchos de los grupos humanos que durante siglos han sido sometidos a diversas mecánicas de explotación y que forzosamente han aportado insumos, recursos y trabajo para abonar al nacimiento y al desarrollo del modelo productivo y organizativo que los condena a una precaria sobrevivencia, representan en muchos sentidos, y sobre todo en materia de sistemas productivos agropecuarios, una tabla de salvación para el conjunto de la humanidad amenazada por el fracaso de los modelos productivos industriales de matriz occidental y por las formas de organización social mediante las que éstos se concretan en la vida diaria.

Llegando tarde a la cita con la modernidad

Al partir de consideraciones económicas -previsión ante la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales- y políticas -presiones de consumidores y movimientos en pro del medio ambiente-, los principales promotores del modelo agropecuario industrial impulsan su implantación extensiva en el tercer mundo, al tiempo que dejan de aplicarlo en sus territorios y lo sustituyen por métodos y técnicas que los grupos dominantes de países como México todavía tachan de "atrasados" y "obstáculos para el progreso". Se trata de métodos y técnicas agropecuarios importados de comunidades indígenas y campesinas herederas de prácticas productivas ancestrales, prácticas tradicionales cuya eficiencia económica medida integralmente -incluyendo sus costos y rendimientos

de orden ecológico- rebasa con mucho la de los sistemas agropecuarios de corte industrial, los cuales se basan principalmente en el uso intensivo de agroquímicos, en la mecanización, en las semillas híbridas llamadas "mejoradas", en el monocultivo y en la irresponsabilidad ecológica.

Las recomendaciones de especialistas estadounidenses o europeos que proponen una nueva estrategia agropecuaria más adecuada para el futuro se parecen mucho a la descripción de una parcela campesina de México:

- La práctica de policultivos o cultivos poliespecíficos (la combinación de varias especies en un mismo predio).
- El control sin químicos de insectos, malezas y enfermedades.
- La fertilización con materiales orgánicos.
- La rotación de cultivos.
- La integración de agricultura, ganadería y producción forestal.
- El uso de recursos locales.
- La formación de recursos humanos.⁹

Para variar y no perder la costumbre, México está en peligro de llegar tarde a la auténtica modernización de, entre otras, las actividades agropecuarias. Justo en el tiempo en que los exportadores de la tecnología agropecuaria dominante exploran y construyen vías para una reconversión ecológica, en este país se eleva a rango constitucional la propuesta gubernamental para "modernizar" el agro mexicano mediante una reconversión industrializante fundada en la importación de tecnología, métodos productivos y tesis económicos sociales obsoletos.¹⁰

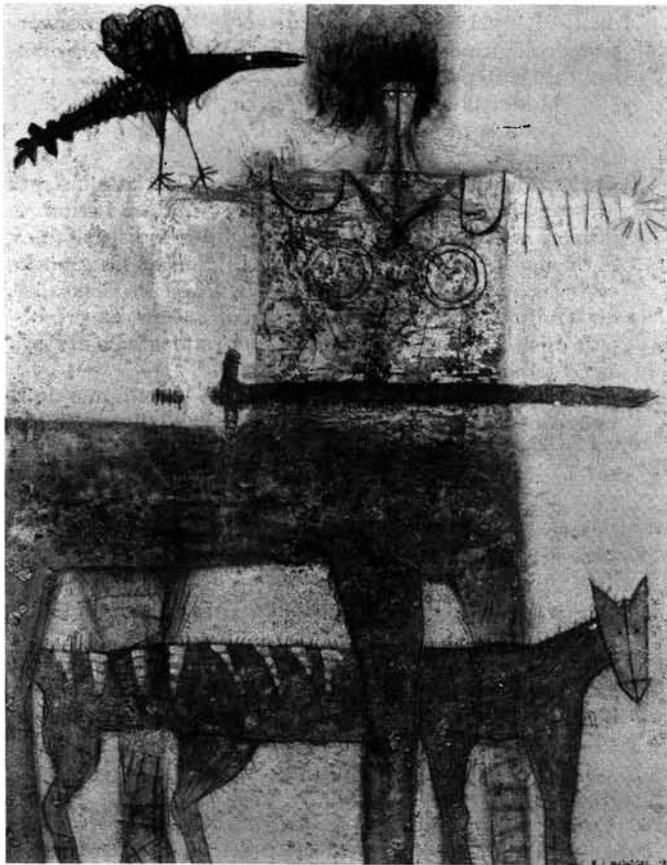
Mientras que en las sociedades desarrolladas son revaloradas las enseñanzas tradicionales de los campesinos -indígenas y mestizos; mientras que éstos, organizados, penetran crecientemente en los mercados del primer mundo con sus productos orgánicos (café, vainilla, amaranto, plantas medicinales y hongos comestibles) y tratan directamente con grupos de consumidores en Europa y Estados Unidos;¹¹ mientras que, para producir, utilizan de 10 a 20 veces menos unidades energéticas que la agricultura moderna, el gobierno mexicano convierte en normas constitucionales un conjunto de vías económicas y jurídicas que, en consonancia con las tendencias mundiales, conducen hacia la eliminación de los campesinos ya sea mediante su expulsión definitiva de la producción agropecuaria o mediante su conversión en seres económicos y sociales totalmente diferentes,¹³ po-



niendo a disposición del gran capital tierras, vidas, familias y el poder de decidir qué y cómo producir, buscando estimular la agricultura industrializada para consolidar una estrategia agroexportadora basada en las llamadas ventajas comparativas, que bien se pueden resumir en "vamos a producir flores, frutas, hortalizas y ganado para exportar, y con lo que sobre compramos maíz, frijol, trigo, arroz, azúcar, leche, huevos".¹⁴

A ver si, allá por el siglo veintiuno, cuando los países desarrollados exporten sus nuevas tecnologías agropecuarias, no nos topamos con que provienen de la Chontalpa tabasqueña o de las chinampas de Xochimilco.

En este sentido, no sería la primera vez en la historia de México que las élites gobernantes apostararan el país entero, con todo y gente, a modelos de desarrollo desechados en sus países de origen. Tampoco sería la primera vez que del México rural, del "México profundo", se recibiera la bocanada de oxígeno salvador,¹⁵ puesto que aquí y ahora (y a pesar de su descapitalización provocada porque se le obligó a subsidiar el surgimiento y el desarrollo de una industria ineficiente e incapaz de competir con sus similares del exterior), el campo mexicano aún presenta condiciones huma-



nas -de culturas- y materiales -de recursos naturales- con un enorme potencial para constituir la plataforma desde la cual se pueda construir una auténtica modernización nacional, una desde la única visión global y globalizadora que merece ese nombre: la visión del globo terráqueo y de las profundas interacciones que vinculan a los seres que lo pueblan.¹⁶ Esta modernización implica una apertura también auténtica -no solamente de mercados-: la apertura de las mentalidades -modeladas mediante esquemas individualistas y homocéntricos que aspiran a gobernar la naturaleza-, hacia la conciencia de la especie y su expresión traducida en actos de una auténtica solidaridad, la solidaridad con la especie y con la naturaleza.¹⁷

La revolución ecológico-agraria

Víctor Manuel Toledo es parte de las corrientes de académicos y militantes que proponen un nuevo paradigma de desarrollo ecológico o sostenible que aborda cuestiones de raíz: de la raíz humana, de la especie, de la vinculación del hombre con la vida entera. Se trata, lisa y llanamente, de un llamado para hacer conciencia, para contribuir al desarrollo de una revolución ecológico-agraria

que se base en una nueva racionalidad ecológica -constitutiva de una economía también ecológica- desde la que se pueda rearticular la totalidad de las actividades humanas en el campo y en las ciudades, así como las formas de relación entre las personas. La semilla de esa nueva -y ancestral- moral social a partir de la cual los seres humanos puedan cultivar un nuevo modelo civilizatorio capaz de superar la contradicción entre sociedad y naturaleza es precisamente la conciencia de especie.

Tal revolución no es una utopía ni una propuesta para un futuro ideal. Aún con limitaciones, y a veces de modo incipiente, se trata de un proceso en marcha, de una realidad cotidiana y en crecimiento cuyos actores y agentes son desde indígenas tercermundistas hasta miembros de agrupaciones no gubernamentales de los países desarrollados. Entre esos actores y agentes se cuentan organizaciones de campesinos y consumidores urbanos, de técnicos y promotores, organizaciones económico-productivas, políticas o culturales, religiosas, académicas o científicas que van desde el nivel local al regional, y del nacional al internacional. Algunos ejemplos: la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Biológica (IFOAM); la Sociedad Internacional para la Economía Ecológica; el Primer Encuentro Agroecológico de América Latina y el Caribe, celebrado en Bolivia en 1990; el Encuentro sobre Pueblos Indios y Recursos Naturales, realizado en México en 1991, y el Encuentro Nacional sobre Agricultura Orgánica que se desarrolló en México en 1991.

Sin embargo, en los ecologismos también se manifiestan las contradicciones sociales. Toledo llama la atención sobre el hecho de que luego de veinte años de movilizaciones y acciones,

[...] en México el ecologismo se encuentra reducido a dos principales sectores: el movimiento social de clase media urbana cuyo núcleo más avanzado se situó alrededor del llamado Pacto de Grupos Ecológicos [...], y los grupos de la élite intelectual, científica y empresarial (como el Grupo de los 100, la Federación Conservacionista Mexicana, los núcleos de investigadores, y diversas fundaciones privadas) que, hoy por hoy, monopolizan el discurso ambientalista mexicano.¹⁸

Esto no es el fin del mundo

Toledo señala que algo se mueve, que algo está cambiando en ese marasmo político: la irrupción del campesinado (indígena y mestizo) en las luchas

ecológicas, irrupción que contribuirá a "ensuciar" las concepciones romaticistas y muchas veces etéreas de los ecologistas de las ciudades, en tanto que dará lugar a alianzas urbano-rurales nunca antes vistas. Como ejemplo, Toledo recuerda la irrupción de los indígenas de la Unión de Comuneros Emiliano Zapata, defensores del lago de Zirahuén, en el encuentro internacional de ecología en Morelia, monopolizado por Televisa. En ello, Víctor Manuel Toledo ve un suceso que simboliza lo que ocurrirá en los próximos años:

[...] conforme avance la consolidación y se extienda su presencia, el nuevo movimiento ecológico de los indígenas y campesinos de México irá exigiendo una participación efectiva en el escenario del ambientalismo mexicano, contribuyendo a transformar las luchas ecologistas clasemedieras y urbanas en un verdadero movimiento de ecología política.

Y ello no es gratuito. Dice Toledo, apoyado en Bonfil Batalla, que,

[...] siendo agentes de una matriz civilizatoria diferente, las culturas campesinas e indígenas de México (y Latinoamérica) están llamadas a jugar un papel central del lado de las fuerzas que luchan por la supervivencia de la especie. Su contribución es múltiple puesto que, como hemos visto, para defender su cultura están obligadas a defender la naturaleza y viceversa, y al realizar esta doble defensa garantizan de un lado (efecto local), la autogestión económica y política de sus comunidades y del otro (efecto global), su aporte solidario con el resto de los seres que forman nuestra especie.¹⁹

La paradoja de paradojas señalada antes es considerada por Toledo como un nuevo fenómeno trascendente puesto que

[...] los parias, los condenados de la tierra, los soterados de la historia, los sobrevivientes, con sus cosmovisiones olvidadas, sus hábitos comunitarios y su fuerza espiritual, se habrán de convertir en parte sustancial de las fuerzas de salvación que promueven el cambio civilizatorio que la humanidad requiere.²⁰

Es muy probable que a esta y a la siguiente generación les toque presenciar no el fin de la Tierra sino el tránsito de la humanidad hacia el nuevo modelo de civilización. "Y es que, como dijo Miguel Grinberg, no es el planeta el que se acaba, sino apenas una visión del mundo". ▲

Notas

1. Los artículos de Toledo tratados aquí son: "Modernidad y Ecología", en *Nexos*, núm. 169, enero de 1992, pp. 55-60; "Toda la utopía", en *Ojarasca*, núm. 2, noviembre

de 1991, pp.14-24, y "Modernización rural y reconversión ecológica en México", en *La Jornada*, 18 de noviembre de 1990, pp.29-34.

2. Cfr. "Modernidad y Ecología", *op cit.*, pp.55 y 56.
3. Cfr. "Toda la utopía", *op cit.*, p.14.
4. *Ibidem*, p.24.
5. Carlos Monsiváis señala que "una de las batallas más importantes y menos divulgadas en América Latina se libra en torno al sentido de los términos indispensables. Si de algo sabe la clase en el poder [...] es de las grandes ventajas que otorga el control de los Vocablos Cruciales", en "Cultura: tradición y modernidad", ponencia presentada en el Coloquio de Invierno, reproducida en el *Perfil de La Jornada*, 21 de febrero de 1992.
6. Estudiosos del desarrollo incluyen un "paradigma de la vida plena que incorpora nociones sobre el significado último de la vida y de la historia. También hablan del concepto de "valores trascendentes" entre los elementos que debe contener cualquier definición adecuada del desarrollo. Cfr. Denis Goulet y Kwan S. Kim. *Estrategias de desarrollo para el futuro de México*, ITESO, Guadalajara, 1989, pp. 41 y 42.
7. En *Agro-Cultura*, núm. 15, Guadalajara, octubre de 1991, p.19.
8. Cfr. M. Altieri y S. Hecht. *Agroecology and small farm development*, CRC Press, 1990. N. Schnaith. "El porvenir de la historia, en *El viejo topo*, extra núm. 14, Barcelona, s/f.
9. Cfr. "Sustanaible Agriculture", en *Scientific American*, núm. 262-6, junio de 1990.
10. En el *Programa nacional de modernización del campo 1990-1994* el tema ecológico estaría prácticamente ausente si no fuera por dos menciones formales: en el diagnóstico del sector, el único problema ecológico mencionado es el de la erosión. En los objetivos generales, el séptimo de ocho es "Conservar los recursos naturales", pero ni se traduce en objetivos específicos, ni se incorpora a las estrategias. Igual nivel de omisión se presenta en la reforma al artículo 27 constitucional y en su ley reglamentaria. Y, en contraparte, se desarrollan extensamente objetivos y estrategias de corte industrial.
11. Cfr: Toledo. "Toda la utopía", *op cit.*, p.21.
12. Cfr. Toledo. "Modernización rural y reconversión ecológica en México", *op cit.*, p.34.
13. Cfr. John Berger. "Los sobrevivientes", en *México Indígena*, núm. 8, mayo de 1990, pp.24-30.
14. Cfr. Blanca Rubio. "Política agropecuaria y movimiento campesino: dos opciones ante la crisis", en *Cuadernos Agrarios*, nueva época, núm. 1, enero-abril de 1991, pp.76-90.
15. Cfr. Guillermo Bonfil Batalla. *México profundo. Una civilización negada*, Conaculta-Grijalbo, México, 1990.
16. Por ejemplo, Newbold Adams desarrolla una teoría de antropología social fundada en principios de la termodinámica, y analiza la evolución de la especie humana, de sus mecanismos de sobrevivencia, de poder y de control, teniendo como eje articulador el hecho de que todo cuanto tratamos y hacemos tiene un componente de orden energético. *La red de la expansión humana*, CIESAS, México, 1978.
17. Cfr. Toledo. "Modernidad y Ecología" y "Toda la utopía".
18. Toledo. "Toda la utopía", *op cit.*, p.22.
19. *Ibidem*, pp. 23 y 24.
20. *Ibid.*, p. 24.